

á su hijo. Todo el mundo comentaba la extraña casualidad ó extrañísimo caso de haber Pison muerto en su cama por aquellos días, y los analistas registrábanlo con asombro en sus anales. El amable y epicúreo Geminio murió por amigo de Sejano; y el tribuno Celso se ahorcó en la cárcel mamertina con la cadena que ceñía y le ataba. Fabato se iba con la gente partha en pos y querencia de la seguridad, imposible á los romanos; y en el camino lo detuvieron y entregaron á las cárceles, quienes aún le toleraron viviese unos días por olvido, no por clemencia. Próculo celebraba con familiar gozo un aniversario que debió celebrar en tales tiempos con funeraria tristeza, el día de su nacimiento; cuando infame delator se desliza como sombra del Averno en su casa, lo coge del cuello, lo arrastra por convicto reo de lesa majestad al Senado, y en el Senado lo descabezan aquellos senadores con la misma indiferencia con que los cocineros acostumbran inmolar las alimañas indispensables á sus comidas. Los primeros ciudadanos de Acaya se asesinan entre sí por fuerza unos á otros, á causa de que sus progenitores tuvieran por cariño amistad estrecha con Pompeyo. Galo murió voluntariamente de hambre, y al pedir sus enemigos autorización para enterrarlo á Tiberio, dolióse con amargura éste de que le hubiese arrancado el suicidio una víctima. Así, no se contentó con haber asesinado á su deudo Druso, lo calumnió en público, cual si le doliera que á su voracidad las almas pudieran escaparse. Plancia ¡la pobre! no obstante haber sido largos meses olvidada, se mató, segura de que si su terrible suicidio surgía en recuerdo por la memoria de su verdugo, lo atormentaría con crueles tormentos. El temor á morir multiplicaba las muertes. Labeon, que gobernara la Media con acierto, se abrió las venas con indiferencia. Paxea, su mujer, murió como había vivido, al lado de su esposo. Hasta los delatores caían, como los célebres que fueron abandonados en una isla desierta, privados de agua y fuego, para ver si se devoraban entre sí cual habían devorado mil ilustres ciudadanos. El cónsul Trión, amigo de Sejano, se dió por fin muerte, no sin designar en su testamento á Tiberio; y Marciano le imitó; más valerosos ambos ó más desesperados que Tarco, el cual aguardó y sufrió su postrero suplicio. Cosa idéntica entre Paconio y Frebeliano. Este se suicidó; pero aquél se conformó tranquilo con que sus verdugos lo acabaran en la cárcel. Se sucedían con tal frecuencia estos holocaustos, que el sacrificio de Arrunzio apenas se advirtió, como si la crueldad del César matase á guisa de una epidemia diluída en el aire. A pesar de tal estado de los ánimos, aún hubo verdadera extrañeza cuando Agripa oyó tranquilo su acusación ante el Senado, y concluído el discurso de los acusadores, se tragó un veneno que llevaba oculto en la loga, levantando tal indignación su atrevimiento, que los lictores se dirigieron á su banco, le agarraron con fuerza, le arrastraron á la cárcel, y ya en la cárcel tuvieron el singular ensañamiento de profanar y estrangular á un cadáver, como si la tiranía hubiera hecho de los primeros ciudadanos del mundo una manada de hienas. A pesar de esto, nada semejante á la inmólación general en día dado de todos los amigos de Sejano. Hacinados en

las cárceles, desposeídos de sus bienes, muertos mil veces en las angustias de una incertidumbre cruel que les conservaba la vida solamente para conservarles el dolor; juntos los patricios con los plebeyos, y los sanos con los enfermos y los jóvenes con los viejos, y los amigos con los enemigos; privados hasta de la compasión humana y de las lágrimas, pues se toman como terribles ofensas al Emperador y se castigan como crímenes de lesa majestad; los verdugos acometieron á todos en montón como si segaran trigos ó destruyeran ganados. La sangre de unos cae sobre la frente de otros; el suspiro postrero de aquél se mezcla con la primer queja que sus recién abiertas heridas imponen á éste; las miradas de todos, juntándose y centelleando un afecto común, acrecientan la desgracia de los desdichados; búscanse los brazos para caer abrazados, y los ojos en aquel naufragio se encuentran para cerrarse con algún vislumbre de caridad y de ternura; bajo un montón palpita mártir á quien de una vez no han despachado, agitándose con estertores y estremecimientos espantosos; junto á sus pequeñuelos destrozados arrástrase una madre olvidada, que ase una túnica de los sayones pidiéndoles la muerte por favor; aquí una blasfemia, una maldición allá, más lejos un resuello; por todas partes algo tan horroroso como cuantos horrores pueden fantasear una trágica imaginación desenfrenada; hasta que rematados y conducidos sus cadáveres á un infecto campo, con indiferencia en los sepultureros, comparable á la que tendrían si sacaran despojos ó restos animales del matadero, desaparecen todos, sin que nadie se cure de sus honras fúnebres, como arrojados á las negras aguas del Tiber, cuya corriente llena de muertos parece la plomiza corriente de un río del infierno.

Si el Imperio, la forma de gobierno con que hoy se honran y glorian Alemania y Rusia y Austria, los tres mayores Estados de nuestra Europa en extensión, costó al género humano inmólaciones, no igualadas por los revolucionarios franceses, ¡cuántos tumultos y combates y muertes y asolamientos y crímenes costaría una institución como el Pontificado, la cual debía significar la unidad del continente, sobre todo la unidad del continente occidental, en los desarrollos de la civilización europea! Ve las instituciones ya formadas toda sociedad, sin acordarse de los dolores, que le han costado su producción y su nacimiento; como no se acuerda la madre, cuando ve al hijo robusto y sano, de los dolores que la costara parirlo, aunque la pusieran tales dolores en trance de muerte. Esa tan augusta y favorable sombra del Pontificado, extendida sobre nosotros, cuyos beneficios aprecian hasta los positivistas en sabia estimación, no pudo dilatarse, sino apareciendo con su inmensa longitud muchas veces ante los ojos espantados del mundo en forma de nube, condensada por vapores de lágrimas, vapores de sangre, que derramaran en mil conflictos, tan espantables como la misma revolución francesa, nuestros remotos progenitores. Con decir que, no habiéndose interrumpido la serie de los Pontífices en Roma desde Numa Pompilio hasta León XIII, ni con una sola solución de continuidad, aunque hayan querido hacer y

hayan hecho muchos bienes en esa larguísima sucesión de siglos, han debido tropezar con muchos males, pues no hay acciones ó ideas buenas exentas de combatir con sus contrarias, está dicho todo. La dignidad y nombre de Pontífice tiene orígenes muy modestos. Si alguna vez ascendéis al monte Aventino, coronado en tiempos antiguos por los tribunos, hoy por los monjes, y os asomáis al mirador de Santa María cuando las aguas del Tiber estén bajas, veréis las carcomidas bases de un puente, llamado Sublicio, en el cual detuvo al Rey de los etruscos, Porsenna, el héroe de los romanos, Cocles. Pues bien; este puente se ha construido por los Pontífices, palabra que quiere decir hacedores de puentes, y que reduce la incomparable dignidad del Pontificado á la modesta, siquier útil, categoría de un ingeniero moderno de puentes y caminos. La etimología no tiene duda, y para cerciorarse no hay sino leer á Varron, el primer etimólogo romano. ¿Cómo el nombre que han llevado Augusto, Gregorio VII, León X, León XIII, tiene una significación tan humilde y un origen tan modesto? Explícase por el carácter sagrado y religioso que alcanzaba la geografía misma de Roma en los antiguos tiempos. Era necesario construir un puente grandioso entre tierra que se creía sagrada y tierra que se creía profana; y, para esto, era necesario construir el puente Sublicio, especie de yugo puesto sobre la cerviz del dios Tiber, que no podía éste aceptar, sino después de satisfecho con sacrificios, que á su culto presentaba y ofrecía la mayor autoridad de Roma, la sublime autoridad de sus Pontífices. Como todas las magistraturas romanas, el Pontificado fué un colegio compuesto de cinco Pontífices durante la Monarquía, y de cuatro durante la República. En esta forma colegiada, el Pontificado idólatra se diferenciaba de nuestro Pontificado católico; más parecíase, y mucho, en que el Pontificado católico y el Pontificado antiguo tenían un máximo Pontífice, y este Pontífice máximo es cabeza también de un colegio pontificio, del Colegio de Cardenales. Autoridad tan indispensable al pueblo romano siguió las oscilaciones de su política. Y, así, en el ascenso de los plebeyos á la igualdad, el primero de tan humilde clase que presidiera el Pontificado, siendo Pontífice máximo, se llamó Coruncanio, quien, por sus talentos en pontificar, ha sido colocado junto á Gregorio VII é Inocencio III, por la Historia. Y, obedeciendo á las oscilaciones el Pontificado de la política romana, tuvo su auge y apogeo en la República; y muerta ó concluída tan gloriosa forma de gobierno, él se corrompió con miserable corrupción. Los tiranos fueron á una Pontífices; y no contentos con ser Pontífices, aspiraron á ser dioses. Aquel Tiberio, tan asqueroso por la lepra que comía su cuerpo como por los vicios que comían su alma, tirano anheloso de segar el cuello de la humanidad al filo de su espada, tan exterminadora como segur de muerte; aquel imbécil Claudio, comparado por su propia familia con una calabaza, quien mataba sus mujeres y luego preguntaba por ellas, sin acordarse de su muerte hasta que los apetitos sensuales le enardecían la sangre; aquel Calígula, enamorado de la luna locamente, á cuya pálida faz tendía los brazos pidiéndole un descenso á su cama imperial, y que se re-

volvía por el silencio y los desdenes de la diosa contra los romanos, para extinguir en sangre los despechos engendrados por el desaire divino; aquel Domiciano, que mataba con idéntica indiferencia senadores y moscas; el bárbaro Commodo, que se metía en los circos á luchar con gladiadores; y el farsante Nerón, que salía en competencias con los cómicos á las escenas; Heliogábalo, cuya voluptuosidad se cebaba hasta en los objetos inanimados, presa de instintos que la Historia designa con el nombre de panerotismo; todos aquellos borrachos, todos aquellos dementes, todos aquellos criminales, viles prostitutas más que hombres, indignos de pertenecer á las especies más feroces entre las alimañas carniceras; poco satisfechos del poder supremo, que ponía la tierra eternamente á merced suya, ceñíanse la estola de los Pontífices para reunir al sumo imperio el sumo sacerdocio; y, descontentos de tales grandezas, transformábanse á una en dioses, y se ponían á sí mismos, como los astros, en el coro luminosísimo de las constelaciones del firmamento: que á extremos tales arrastra el despotismo, tan dañoso para todos cuantos lo sufren como para todos cuantos lo ejercen.

Los Césares desorganizaron por completo el sacerdocio romano. Principillos, sin otro título que su abolengo, atraviesan el umbral de los templos á que les ciñan las estolas de los sacerdotes, debidas, durante la edad en que no puede contraerse mérito alguno, al privilegio de su consanguinidad con el César. Augusto hacía pontífices á sus nietos Cayo y Lucio; César fundaba conventos ó asociaciones religiosas, cuyos individuos tuvieran por único lazo entre sí el respectivo parentesco cercano con los representantes de la dignidad imperial romana. En tal degeneración, los sacerdotes, nombrados antes por sacramentales fórmulas, nombrábanse ahora por voluntariedades cesáreas. Y estos magnates de Roma solían ejercer, variamente la dignidad de sacerdotes, como los Césares la dignidad de pontífices. Augusto, por ejemplo, restablecía las rogativas olvidadas; restauraba las lupercales perdidas; reponía los dioses lares en sus aras; quemaba las tablillas y horóscopos de los caldeos; numeraba entre sus cortesanos la diosa de Pesunto, el Baco de India, la Belona de Consanes, el Serapis de Egipto, elevándose, con los libros de las Sibilas, rehechos en las manos, entre tal coro de divinidades, como elevarse pudiera el sol entre sus coros de planetas. Tiberio sacrificaba en los altares pontificios y entregaba para el sacrificio á sus colegas del Pontificado cuchillas de plomo, no fuera que les asaltase la tentación de esgrimir en su Pontífice máximo las cuchillas de acero. Calígula designaba sus hermanas, que de todo tenían menos de vírgenes, al colegio de las Vestales; y nombraba su caballo, no ya Cónsul, como quiere la tradición, Pontífice máximo. Claudio recitaba las oraciones públicas sobre la tribuna de los Rostros; é instituíó sacrificios en honor de sus parientes, Vestales en honor de sus mujeres, juramentos por su nombre, tan temible y tan temido como la misma laguna Estigia. Nerón tenía por toda diosa una muñeca y gustaba de ver los áureos ídolos en moneda corriente, siendo así más útiles, según la cuenta de su impie-

dad, que inmóviles sobre sus altares. Domiciano se llamaba Júpiter capitolino á sí propio, y tenía celos de los dioses, imponiendo á los sacerdotes la obligación de quemar en sus palacios el incienso reservado á los templos. Conmodo era sacerdote á los trece años, tribuno á los catorce, César á los quince, y siempre Dios, pues deseaba que, al sacudir su hermosa cabellera rubia polvoreada de oro, las gentes le llamasen sol de los soles, y le siguiesen los devotos como un Olimpo ambulante, para lo que tenía la aureola de Apolo en las sienes, el caduceo de Mercurio en las manos, llevando ante sí los flámenes y en torno de sí las vestales, absorto bajo los vértigos y bajo las demencias de sus insensatas apoteosis. Los pretorianos elevaban el joven Heliogábalo, cuando apenas tenía catorce años, á la dignidad de Pontífice, y él se levantaba por su propio albedrío á la dignidad de Dios. Grandioso templo, donde lucían los trofeos de todas las religiones, le albergaba; sacro fuego guardado desde la fundación de Roma por las grandes Vestales, á sus pies brillaba; despojos de los principales cultos amontonábanse alrededor de sus altares; corría la sangre á torrentes del cuello de los bueyes inmolados y el vino del cuello de las ánforas rebosantes; entre nubes de incienso y cadencias de músicas danzaban hermosas ninfas con canastillas de flores á su cabeza y altos dignatarios vestidos á la usanza oriental soportando vasos de oro que contenían entrañas de víctimas, entre las cuales se contaban muchas veces hijos de patricios degollados como corderos: ofrendas terribles á un Dios, cuyos únicos timbres eran para obtener semejante divinidad las locuras, que le arredraban impetuosas, no sólo á terribles insensateces, sino también á protervos abominables crímenes. Jamás acabáramos, si hubiéramos de contar todas las infamias de estos Pontífices, los cuales demostraban á una con sus excesos de sensualismo la urgente necesidad sentida por el mundo entero de novísimo culto, cuyos dogmas y cuyas prácticas destruyesen esta divinización de la carne y trajeran la inevitable apoteosis del espíritu. Y vino esta grande apoteosis con los Pontífices cristianos, quienes, á pesar de haberlo espiritualizado todo, no pudieron impedir que acompañara el mal su naciente autoridad, como acompañan el dolor y la sangre y las lágrimas todo nacimiento. Y no hay sino acordarse de dónde provinieron los primeros pontífices católicos para persuadirse á considerar que debían acompañarles tantos cortejos de males como á todos los primeros representantes de las instituciones nuevas, nacidas por una ley natural, entre guerras unas veces, entre revoluciones otras veces, nunca en paz. Fueron los dos sitios donde germinara el árbol de la dignidad pontificia católica, siempre contando con las tradiciones romanas, el Guettho uno, las Catacumbas otro. El primero aparecía como el centro de todas las ignominias, peor tratados los judíos sin patria que los perros sin amo. El segundo aparecía como la triste habitación y asiento de todos los dolores. Del Guettho no se podía salir; de las Catacumbas se salía tan sólo á la muerte. Y en cuantas ocasiones, aquella sociedad secreta, que formaban los primeros cristianos y que gobernaban los primeros pontífices, se veía

sorprendida por la entrada de los sayones, quienes, aun habiendo tropezado con ellas por casualidad, arrancaban los congregados del pie de los altares, en que se celebraba el incruento sacrificio de la misa del señor, al pie de los altares donde se celebraba el cruentísimo de los humanos holocaustos con la misma frialdad en los verdugos que si fueran hecatombes de bueyes. ¡Cuántas veces el Papa sustituía la fiera traída de los desiertos líbicos al coliseo y el gladiador cazado en los desfiladeros tracios! Así, cuando querían aquellos tiranos sustituir cacerías de fieras por cacerías de cristianos, cubrían á éstos con pieles frescas de jabalíes ó de ciervos, y les soltaban perros hambrientos de presa para que los destrozasen y trucidaran entre los aplausos del pueblo transportado al hedor y á los vapores de la sangre. Lo cuentan hasta los historiadores paganos: aquellos jardines tan hermosos, extendidos por las colinas vaticanas, donde los ramilletes del jazmín de Asia se abrazaban con las rosas de Pesthum; y junto al arroyo volcado desde un acueducto gigantesco, capaz de contener un río, se levantaban y erguían las adelfas de Dafne, juntas con los olivos de Minerva, y las hayas de Virgilio, iluminábanse por las noches serenas y los imperiales regocijos, no con la cera depositada por los industriosos enjambres de las pródidas abejas en sus colmenas olorosas, no con la resina de los bosques trascendiendo á gomas orientales, con cuerpos cristianos vivos cubiertos de pez y carbonizados, después de haber extendido un fulgor funerario, entre aullidos y estremecimientos horribles. Y así creció el Pontificado católico hasta establecer el imperio de Occidente con su incontrastable fuerza.

No consiguen los Papas esta grandeza, no la consiguen, sino pasando durante la segunda mitad del siglo noveno y todo el siglo décimo, por una de las épocas más tristes, más vergonzosas y más terribles que recuerda en sus páginas la Historia, la violencia, la calumnia, el asesinato, el destronamiento, se ceban á una en las personas de los papas, como pudieran cebarse en la persona de las más vulgares dinastías. Para que toda suerte de crímenes, en ellos se encarnizara, y para que claramente se viera cómo todas las grandes instituciones son iguales ante la Historia, cual son iguales todos los hombres ante la Naturaleza, no perdona muchas veces la ira, que en estos tiempos encienden los ánimos, no ya la memoria, ni siquiera el cadáver de los papas. Naturalmente los huracanes feudales, que desde los últimos días de Carlo-Magno, se desencadenan en Europa, sacuden los territorios del Pontífice y encienden las mismas pasiones anárquicas, cuyos furores devastan el resto de los territorios europeos. Hay en esa campiña romana, espacio de tantos monumentos, cementerio de tantas glorias, museo de tantos recuerdos, al término de la llanura, no lejos de la antigua ciudad de Alba, encima del campamento llamado de Annibal, en el desfiladero donde Ciceron escribió sus tusculanas, sitio desde el cual podéis oír la música eterna de la cascada de Tívoli: y ver las sombras augustas de las ruinas amontonadas en la villa adriana, un sitio que parece como un nido de águilas, y de donde bajaban guerreros y se-